

Evocación desordenada de Manolo Molina

En diciembre de 1963, empujado por Carlos Sahagún y con la excusa de mostrarle mi tesina de licenciatura sobre el teatro de Miguel Hernández, me presenté a la hora de la siesta en casa de Molina, calle Garcilaso –antes Sales–, junto al desolado paisaje del cementerio viejo de San Blas, recién mondado. Manolo me abrió los brazos casi antes de abrirme la puerta..., y mucho más cuando vio que yo era el Alonso aquel que enviaba artículos de asunto literario y cinematográfico desde Madrid al semanario *La Marina*, a cuya redacción acudía él todos los viernes para hacer tertulia y ayudar a su director Juan Bautista Sapena a empaquetar los envíos de la publicación. Manolo y Maruja fueron extremadamente cordiales desde el primer día. A partir de entonces las visitas menudearon en vacaciones, en prolongadas tardes de invierno con Miguel Hernández como asunto ineludible, junto a descubrimientos frutivos de ediciones míticas y de raras revistas poéticas antes de derivar hacia discusiones de política o de literatura, inevitablemente entrelazadas en filias y fobias, resguardados por aquellas paredes sordas a tantas peligrosas confidencias.

Manolo sólo había cursado dos años de Bachiller pero impartía sabiduría poética y afabilidad sentado en la beatitud de un sillón bajísimo, casi a ras de tierra, con su pipa, su gran cenicero triangular con la marca de Cinzano sobre la mesa camilla y al lado una botellita de algún acreditado tinto jumillano. Tenía gran facilidad para seducir y prohijar a los jóvenes que se le acercaban con curiosidad e ideas propias. Los escuchaba y los estimulaba aconsejándoles cuando era preciso. Presumía de ganar “hijos”, sobre los que ejercía ese magisterio sutil, nada didáctico, que suele estar vedado a profesores y a padres de familia. A su casa se llegaba catecúmeno y se salía confirmado, es decir, lleno de aliento para hacer camino. En el orden lírico, por supuesto nunca se le ocurrió dar lecciones de retórica y poética, sino más bien de oído poético guiado por una intuición que él definía como su “fato oriolano” criterio que acabábamos aceptando proverbialmente extendido desde las cuestiones estéticas a la percepción anticipada del riesgo que presentaban ciertos proyectos, e, incluso, de las previsibles ingratitudes o imprudencias ajenas.

Las lecciones de Manolo en el sillón de su cuartito de trabajo dimanaban también de un amplio conocimiento de la sociedad literaria, fruto de una experiencia muy variada de las relaciones poéticas espontáneamente asumidas que habían ido constituyendo su verdadera escuela de autodidacta. Téngase en cuenta que mientras sus amigos Adolfo Lizón o Vicente Ramos, después de la guerra terminaban, sus estudios universitarios en armonía con la ideología victoriosa, él comenzaba un largo y duro aprendizaje de sufrido listero, el último que cobraba como asalariado de su propio padre, cuya modesta empresa se mantenía de eventuales contratos institucionales. En su trabajo de las carreteras, durante los años cuarenta, Manolo se sentía entre la espada y la pared, testigo estremecido de los dramas obreros en tiempos de silencio y por fuerza obediente a una función ligada al control patronal. Hubo poetas sociales señoritos que se hicieron de la cofradía de la berza por pose, moda y conveniencia, calculando que podía ser el camino de afirmarse en la reconstrucción del canon lírico. Y los hubo quienes lo fueron porque habían tocado fondo y habían de tragarse en la vida diaria sus rebeldías hasta aparentar lo que no eran para garantizar la supervivencia. En tales condiciones el social-realismo era una manifestación sincera que encerraba toda la pureza posible en tales circunstancias. Contradictorio y modesto, Manolo, sujeto a una madurez prematura, a un dañoso *Otoño adolescente*, se definía “antagónico y sincero”. Definición que formalmente no debe a ninguna clase de mimetismo sino a sus propias convicciones: a una escisión, o desdoblamiento, del yo como él decía “entre lo opresivo de la sociedad y lo depresivo de la soledad, todo dentro de la lucha interna por conseguir un equilibrio entre el nosotros y el tú”. Obsérvese que no dice ‘el yo’ sino ‘el nosotros’ y que este ‘nosotros’ no es mayestático sino participativo. Ahí reside uno de los secretos de la seducción poética de Molina que –como ha señalado muy certeramente Manuel Valero en su artículo de *Auca*– disuelve su Yo en los Otros, consiguiendo que su poesía sea asequible porque, por un lado, está formalmente al alcance del público sencillo de los viejos troveros huertanos y, por otro, contiene activos estímulos intelectuales para lectores exigentes. Sin entrar en detalles, su obra va desde las soledades machadianas a la

busca de un receptor concreto y dialogante en quien volcar sus emociones y su necesidad de comunicación. Como he dicho, desde el desgarró existencial de *Hombres a la deriva* (1950) y *Camino adelante* (1953) a la expansiva solidaridad de *Coral de pueblo* (1967), Manolo fue explícito en este aspecto. Escribir para él era, primero “poner en marcha este diálogo entre la sensibilidad propia y la ajena, sin propósitos previos, nada más que por dejar constancia de un rumor, de una fecha que pasa por un pueblo deshabitado, como una mano que delicadamente tiembla en la nuestra; luego, escribir de lo nuestro [...], de aquellas cosas que suceden dentro y fuera de nuestra vida de hombres con el alma en vilo.” (*Paisajes y personajes mironianos*, Alicante, C.A.P.A., 1979, p. 16).

En la fijación parcial de la obra de Manolo le ha correspondido a su libro póstumo *Versos escogidos* un papel primordial por la sencilla razón de que desde su aparición en 1992 no se ha vuelto a publicar ninguna otra edición de su obra poética. Y no hablemos de su prosa, todavía en espera de rescate. Este libro se editó gracias a la intervención de José Carlos Rovira, y especialmente a la decisión de Miguel Ángel Lozano que dio luz verde en la colección de clásicos que dirigía en el Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, a una antología de textos que, en rigor, eran estrictamente contemporáneos como obra de un autor vivo. Desgraciadamente, la muerte de Manolo en plena preparación del volumen acabó justificando el carácter crítico y documental de la edición. Con todo, *Versos escogidos* supuso el cumplimiento de una deuda institucional con su autor, acostumbrado a costear religiosamente sus libros de tiradas mínimas, salvo raras excepciones. Puedo dar fe, como gestor de la edición de *Rezuma*, que doscientos ejemplares le costaron ochenta mil pesetas recuperadas a duras penas, distribuyendo ejemplares a mano, de librería en librería o colocando exigüas cantidades en algún receptivo organismo autonómico.

La edición de aquellos *Versos Escogidos* –que se empeñó en poner bajo mi cuidado pero cuyo título escogió él mismo– resultó un homenaje y un primer balance de lo que su obra poética había significado en el ámbito alicantino en estrecha conexión con la evolución y corrientes de la poesía española de los años cuarenta a los sesenta del pasado siglo. Poesía dinámica, intensa, traspasada en su plenitud por una profunda conciencia de lo popular en cuya atmósfera embalsamada de recuerdos pueblerinos estaba bien patente la presencia machadiana del Otro. Si en algún momento de su producción lírica en la forma advertimos conscientes deudas residuales con Miguel Hernández, con Unamuno, con Machado o con Blas de Otero, estoy por asegurar que la generación del sentido no es fruto de simples mecanismos miméticos sino de una profunda experiencia personal. La poesía existencial de sus primeros libros, o la grotesca de los guiñoles de *Versos en la calle* (1955) tenía detrás motivaciones muy concretas y auténticas que respondían a crisis y desajustes de su estar en el mundo. El neo popularismo que renace en *Coral de pueblo*, con esa dilogía en el título de ‘coral’ como objeto precioso y como canto colectivo, la sana corriente nostálgica que lo acompaña, el gusto por las formas sencillas de un engañoso tono menor –sólo en apariencia–, fueron la fórmula sabía que Manolo propuso a sus lectores más atentos para escapar de la angustia y resistir los embates de la edad madura, pero también para neutralizar los cambios irreversibles que ya se estaban operando en nuestra tecnológica sociedad de mercado. Aquí vendría a cuento una reflexión en voz alta que le escuché pocas semanas antes de dejarnos: “A nosotros nos ha salvado la literatura”.

Sus amigos no nos cansaremos de ponderar su sensibilidad social como poeta, su capacidad para buscar el sentido de la vida en sí y en los otros, compaginando espíritu y sensaciones físicas, para sufrir el paso del tiempo y adaptarse a él, siempre enemigo de las prisas. Manolo –formado en la idea novecentista del alma de los pueblos– se definía liberal porque, pensando en los bienes colectivos perdidos en 1936, creía ingenuamente que los alicantinos teníamos el don patrimonial del liberalismo como virtud consustancial. Entendía el ser liberal como una tolerancia esencial que respetaba la libertad íntima de las demás personas. Pero los efectos del liberalismo económico lo descentraban, como prueba esa irónica oración de 1966 –“Propietario-proletario” (*Versos escogidos*, 253) – que expresa humanísimamente su sometimiento a contrapelo a las leyes de una economía liberal que detestaba:

“Señor, si no hay otro remedio, / si tengo que tomarlo o que dejarlo /quedándome en la calle/
haz que me sea fácil la escritura. // Cuando pienso en la ley de la vivienda,/ en su artículo cero

donde dice.../ –donde debe decir– que un pobre tiene / derechos que cumplir con sus deberes/ sociales y demás, me quedo frío.// Me acuerdo del notario de mi pueblo, / de sus bienes raíces, / de su elegante gesto entre papeles, / sus manos de marfil, de terciopelo/ apuntando impasible la minuta. // Pienso en el corredor, en la hipoteca,/ en el tanto por ciento que se eleva,/ en la letra menuda del seguro/ de incendios, de accidentes y otros robos.// Señor, ya que me haces propietario/ contra mi voluntad, haz que me olvide/ lo más pronto posible de este caso.”

Sus ideas más profundas están amagadas en algunos pasajes de la primera parte del citado *Paisajes y personajes mironianos* (1979) donde se puede degustar la que, sin duda, es su mejor prosa, siempre en torno al encuentro consigo mismo y a la evocación lírica de sus recuerdos anteriores al 36, en lo que él llamó su “pre aprendizaje”. Todo ello formulado bajo el concepto de verdad poética, tan incomprendida por algunos biógrafos hernandianos al referirse a Molina.

Cuando yo le preparé la edición de *Rezuma* (1984), le discutí el título, pero él mantuvo firme su relativa ambigüedad. No en balde había evocado, a propósito de la huerta oriolana, la “huella imborrable de una infancia que no acaba de pasar nunca, que siempre está *rezumando* en el corazón de sus hijos...” (*Paisajes*, p. 42). Acabé comprendiendo el sentido de aquel extraño *Rezuma* que gravitó siempre sobre la poesía de Manolo como venero inagotable.

Las fuentes de su inspiración tienen un acusado sabor romántico por más que el poeta nunca acabe de abandonar su acento social-realista compatible con una difusa idealización de la edad de la inocencia. No podía ser de otro modo para quien declaró que: “Por el camino del misterio y de la leyenda, de lo intuitivo y de lo histórico, nos encontramos con frecuencia con la palabra clave, con la palabra propia –ya sea fuera de uso, ya recién inventada– que nos redescubre el gusto por la cadencia verbal. [...] Ni se compra ni se vende el don de la gracia, de la espontaneidad, del talento. El don divino de la expresión, de la creación de la belleza...” (*Paisajes*, pp. 16-17) El motivo poético para Molina podía ser provocado por el sonido de una voz, por el clamor íntimo de la naturaleza, por el mar “que olea palpitante” o por la “desnuda soledad del campo”. Pero frente a esta aspiración estética embriagada de sensaciones primigenias surge la conciencia de la desigualdad, de la explotación y del dolor adquirida en su misma infancia:

“Llegué a Molins –escribía Manolo en 1979–, a la senda de los propietarios, donde estaba la casa solar, rincón de antepasados, cuya única historia estaba escrita en los surcos de la piel, en el escudo vibrante de los huesos. Pisaban mi familia y sus vecinos una tierra rica y generosa hasta la abundancia, y ellos, sus servidores amorosos, tenían los ojos de la sed y el rostro consumido del que ayuna. [...] Allí estaba la gloria de la vida y sus hijos muriendo entre dos brazos. Brazos para ganarse ese derecho a vivir como esclavos, mordiendo el polvo, el barro, el sol de cada día, el rocío lunar, cuando las aguas suenan por la noche. Desde aquellos entonces, ya no pude ver las huertas sin recordar aquellos pobres seres, víctimas del trabajo sin reposo, de la ignorancia sin remedio, que una sociedad arcaica y cruel, había sumido en los abismos infrahumanos.” (*Paisajes*, pp. 27-28)

Alguien me dijo no hace mucho que en su última época fue apartadizo, poco comprometido –se entiende, en políticas de partido. Pero estos textos son de 1979 y todavía *rezuman* fiereza social, poética y humana.

Cecilio Alonso